

XVIII

Que el Corazón de Jesús es una hoguera de amor para cada uno de nosotros

Lo que Nuestro Señor es para todos sus fieles en general, lo que ha hecho por todos, esto es y hace también para cada uno en particular. Cada uno de nosotros es, por decirlo así, el mundo compendiado de Jesús, el compendio de su Iglesia, de su creación natural y sobrenatural.

Por tanto puedo resumir en dos palabras lo que el Hijo de Dios hace por mí, lo que hace por cada uno de nosotros individualmente, á saber: me saca de un abismo de males, y abre ante mi fidelidad un mundo de bienes y de felicidades sin fin.

Por el pecado original nací en un estado de degradación y de muerte, cuyo horror ni aun puede concebir mi entendimiento: era *hijo de ira*,¹ según la terrible expresión de la Escritura; era enemigo de mi Dios y objeto de su maldición. Estaba excomulgado por la Santísima Trinidad, anatematizado por el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, separado de la compañía de los Ángeles, desterrado de la casa de mi Padre celestial, excluido del Paraíso, privado de ver á Dios. Estaba perdido sin remedio.

¹ *Eramus natura filii iræ.* («Ephes.» II, 3.)

Estaba en pecado, es decir, en el mal de los males, en la causa única de todos los males que desolaban la tierra y el infierno, el tiempo y la eternidad. ¡Oh qué sima es el pecado! Sin ser infinito en la criatura que le comete y que no es capaz de lo infinito, es sin embargo en sí mismo un mal verdaderamente infinito, porque viola la santidad de Dios, que es infinita; porque ofende á una majestad, á una bondad, á un poder, á una sabiduría infinitas; y por esto merece en estricta justicia una pena infinita, al menos en cuanto á la duración.

Para expiarle digna y plenamente, es necesaria una víctima de una dignidad infinita, esto es, divina. Aun cuando todos los Ángeles, todos los Serafines y todas las Virtudes de los cielos llegaran á encarnarse, y á sufrir, y á morir; aún cuando todos los Santos, desde el principio hasta el fin del mundo, juntaran sus méritos, sus oraciones, sus penitencias, sus lágrimas, sus buenas obras; aun cuando todos derramaran hasta la última gota de su sangre; aun cuando ¡oh prodigio! la santísima é inmaculada Virgen María ofreciera á Dios los inefables méritos de su vida y de su muerte, el abismo del pecado permanecería siempre abierto, sin que pudiese llenarse el lado por donde es infinito con los esfuerzos de ninguna criatura. El abismo del pecado no es otro, en efecto, que el abismo del infierno.

Luego, si mi Salvador en su infinita misericordia y bondad, sea mil veces bendito, no se hubiese hecho

hombre para venir á salvarme; si no hubiese llorado y sufrido por mí miserable; si su divino sacrificio no me hubiese rescatado de la muerte, y muerte eterna, ninguna criatura, ni en el cielo ni en la tierra, hubiera podido sacarme del abismo del pecado, ni librarme de la muerte y del anatema, ni aun refrigerarme por medio de aquella gota de agua que el rico avariento (típo del condenado) pide en vano hace tanto tiempo.

No obstante, por una dicha incomprendible, me encuentro fuera de ese abismo de infidelidad; y ¿á quién lo debo? ¿á quién? ¡Oh Jesús! Vos lo sabéis: ¡sólo á Vos! Si, vuestro amor infinito, vuestro sagrado Corazón, órgano y foco de este amor; la bondad inmensa, la infinita misericordia y el amor incomparable de vuestro Corazón son los que me han salvado! Esas llamas sagradas me han dado la vida y han apagado las llamas de mi horrible infierno.

Y esto lo habéis hecho gratuitamente, y más que gratuitamente, pues me encontraba ante Vos, no sólo desnudo de todo mérito, sino como un réprobo, asqueroso, horrible y hediondo. ¡Qué gracia la vuestra, Dios mío! ¡Qué misterio de amor!

Y lo que Jesucristo ha hecho por mí al admitirme al Bautismo, lo ha renovado sobreabundantemente mil y mil veces, lo renueva incesantemente en el sacramento de la Penitencia, perdonándome siempre; sí, siempre, siempre; perdonándomelo todo, sin cansarme nunca, ¡ah! sin saber vengarse más que con el perdón!

Esto ha hecho por mí el Corazón de mi Jesús. «¿Qué le daré en acción de gracias? Tomaré el cáliz de salud,»¹ y ofreceré á mi celeste Bienhechor un sacrificio digno de Él. Orando un día Santa Teresa delante del Santísimo Sacramento, se encontraba como agobiada por el peso de las misericordias divinas, y experimentaba grande angustia por no poder agradecerlas como convenía. Entonces salió una voz del Tabernáculo, que le dijo: «Manda celebrar una misa; esto basta.» También yo tomaré, para ofrecérsola en acciones de gracias *infinitas*, la sangre de ese mismo Sacrificio que me ha redimido y salvado. Recibidla, Señor Jesús, como recibisteis en el seno de vuestro Padre el sacrificio de Abel, y no permitais que pierda jamás por mi infidelidad el fruto de vuestra pasión y muerte.

XIX

Que este amor del Redentor resplandece maravillosamente entre todos los bienes de que nos ha colmado su Corazón

La misericordia de Nuestro Señor me ha librado del pecado y del infierno. Pero esto no es más que el lado negativo de lo que su amor infinito se ha dig-

¹ Quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi? Calicem salutaris accipiam. («Psalm.» CXV.)

nado hacer por mí: el lado positivo, el bien que me ha merecido, es mil veces más precioso todavía. Si me ha librado de *todo mal*, ha sido para darme *todo bien*. Sí, todo bien; porque con su cielo, con su bienaventuranza y su eternidad se me entrega á sí mismo, y como decía á Santa Ángela de Foligno, Él es *el Todo-Bien*.

¿Qué bien hay comparable á la posesión del cielo, es decir, la posesión de la felicidad perfecta y eterna, del perfecto y eterno gozo, del perfecto y eterno amor? El cielo es el seno de Dios en el cual la criatura deificada se encuentra abismada, con Jesucristo, por Jesucristo y en Jesucristo, en el océano de la luz divina y de la eterna bienaventuranza. El cielo es el Amor convertido en nuestra vida, nuestro estado, nuestra atmósfera, nuestro todo. No más temores, no más lobrequeces, no más privaciones, no más desfallecimientos, no más separaciones, no más lágrimas, no más sufrimientos; al contrario, sobreabundancia incommensurable é inmutable de todos los bienes, sea del espíritu, del corazón, ó de los sentidos. Vivir con Jesús y María, con los bienaventurados Serafines, Querubines, Arcángeles y Ángeles, con todos los Santos, con todos los elegidos; ver á Dios cara á cara, poseer á Dios por completo, gozar de Dios, estar lleno de la paz y alegría de Dios; y esto para siempre, sin inquietud, sin posibilidad de perder una sola gotita de aquel océano de felicidad..... ¡Qué perspectiva, Dios mío!

¡Qué dicha ser eternamente compañero de los Ángeles, vivir la vida de los Ángeles, estar revestido de su gloria, gozar de su bienaventuranza; en una palabra, «ser semejante á los Ángeles!»¹

¡Qué dicha ocupar para siempre la categoría de hijos de Dios, ser eternamente miembros glorificados del Unigénito de Dios, coherederos y hermanos suyos!»²

¡Qué felicidad ser con Jesús rey de un reino eterno, poseer el mismo reino que el Eterno Padre ha dado á su Hijo, sentarse á su mesa con María y con todos los escogidos!»³ ¡Qué gloria estar revestido del celeste manto de luz, del vestido real y glorioso del Rey de reyes!

En el cielo nos sentaremos en un mismo trono con el soberano Monarca de cielos y tierra;⁴ descansaremos con nuestro Salvador en el seno de su Pa-

1 Erunt sicut Angeli Dei in cælo.... Sunt sicut Angeli in cælis.... Æquales, enim Angelis, sunt. («Matth.» XXII, 30; «Marc.» XII, 25; «Luc.» XX, 36.)

2 Ipse enim Spiritus testimonium reddit spiritui nostro, quod sumus filii Dei. Si autem filii et hæredes; hæredes quidem Dei, cohæredes autem Christi. («Rom.» VIII, 17.)

3 Et ego dispono vobis sicut disposuit mihi Pater meus regnum, ut edatis et bibatis super mensam meam in regno meo. («Luc.» XXI, 29) Charitatem quam dedisti mihi, dedi eis. («Joan.» XVII, 22.)

4 Qui vicerit, dabo ei sedere mecum in throno meo. («Apoc.» III, 21.)

dre;¹ poseeremos todos los bienes de Dios;² seremos, en fin, enteramente transformados en Dios,³ es decir, estaremos llenos y penetrados de todas las perfecciones de Dios, más íntimamente que el hierro metido en la fragua está revestido y penetrado de las cualidades del fuego. En Jesucristo no formaremos más que uno sólo con Dios, no por unidad, sino por unión; lo que Dios es por naturaleza y por esencia, lo seremos nosotros por gracia y por participación.

¡Oh Señor, qué felicidad tan grande é incomparable la del cielo! Y aún todo lo que conozco de él es nada en comparación de la realidad. Vos mismo me lo habéis dicho: «¡Ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el entendimiento humano puede comprender lo que Dios tiene reservado á los que le aman!»⁴

Y ¿á quién debo yo la inmensidad desconocida de este celestial é incomprensible tesoro? Al amor misericordioso é infinito del Corazón de mi Salvador. Al darse á mí, me ha dado todo lo que hay en la tierra:

1 Pater, quos dedisti mihi, volo ut ubi sum ego, et illi sint mecum.... Unigenitus Filius, qui est in sinu Patris. ("Joan." XVII, 24; 1, 18.)

2 Amen dico vobis super omnia bona sua constituet eum. ("Matth." XXIV, 47.)

3 Nos vero omnes, revelata facie gloriam Domini speculantes, in eandem imaginem transformamur à claritati in claritatem, tamquam à domine spiritu. ("II Cor." III, 18.)

4 Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit quæ præparavit Deus iis qui diligunt illum. (I Cor, II, 9.)

su Iglesia, su Vicario, su verdad, sus Sacramentos, su Eucaristía, su Cuerpo y su Sangre, su Madre, su santa cruz, todas sus gracias, todas sus riquezas espirituales; y en el cielo me espera para ser Él mismo mi bienaventuranza y mi recompensa sin medida.

¡Gracias, pues, gracias infinitas al Corazón de mi Dios por sus inefables dones!¹ Sí, todo lo tengo en Jesucristo; y su sagrado Corazón, donde reposo si le soy fiel, es el abismo de todo bien, que me libra del abismo de todo mal.

¡Oh buen Jesús! ¡perdonad á todos los que no os aman! ¡Ah! ¡cuán grande es su número! ¿No es verdad que, aún en los países cristianos, multitud de hombres tratan á este adorable Salvador como si nada le debiesen? ¿No es verdad que le tratan casi como enemigo, olvidándole, blasfemándole, descuidando su servicio, burlándose de sus sacerdotes, de su Vicario, de su santa Iglesia, riéndose de la Confesión, ridiculizando la Eucaristía, llegando algunas veces á ultrajar á su santísima Madre?

Sin embargo, ¿qué más hubiera podido hacer para atestiguarles su amor?² «Si fuese posible, decía un día á Santa Brígida, si fuese posible que yo sufriese los tormentos de mi Pasión tantas veces cuantas al-

1 Gratias Deo super inenarrabili dono ejus. ("II Cor." X, v. 15.)

2 Quid est quod debui ultra facere vineæ meæ, et non feci? ("Isai." V, 4.)

mas hay en el infierno, gustoso los sufriría.» Y en recompensa, la mayor parte de aquellos á quienes ha rescatado y enriquecido con sus dones, vuelven á crucificarle. Si, á crucificarle; pues quien peca mortalmente «crucifica de nuevo en sí mismo al Hijo de Dios....., le pisotea, desprecia la Sangre de la alianza, en la que ha sido lavado y santificado.»¹

¡Dios mío! agradecemos profundamente cualquier demostración de afecto, el más insignificante servicio que se nos preste; ¿qué digo? profesamos cariño á un animal que nos divierte ó nos es útil en algo; y ¿dejaremos de amar á Dios, que es nuestro Criador, nuestro misericordioso Redentor, nuestro fidelísimo amigo, nuestro bondadosísimo hermano, nuestro tesoro, nuestra gloria, nuestro soberano bien, nuestra vida, nuestro corazón; á este Dios, que es todo corazón y todo amor por nosotros?

«¡Oh hijos de Adán! Redentor tenéis; venid á Él, que bueno y misericordioso es para los que quieren ser redimidos. Fuente de agua viva es; río caudaloso, que procede del trono de Dios, que sin recibir de nadie, á todos da largamente sin que sus corrientes se mengüen: corred, sedientos, á apagar vuestra

1 Rursum crucifigentes sibimetipsis Filium Dei.... Quanto magis putatis deteriora mereri supplicia qui Filium Dei conculcaverit, et sanguinem testamenti pollutum duxerit, in euo sanctificatus est et spiritui gratiæ contumeliam fecerit. ("Hebr." VI, 6; X, 29.)

sed. Mina es sin término de los tesoros eternos; los que os desentrañais por adquirir riquezas que apenas se dejan ver de los ojos, corred codiciosos, que nunca tantos¹ llevará uno que no resten para repartir á los demás, infinitos. Venid, ciegos, á la luz; afligidos, atormentados, al gozo sin fin; venid, presos á la libertad; desterrados, á vuestra patria; muertos, á la vida. ¿Qué aguardais? venid, que buen Dios tenéis. ¿Qué hacéis atados, como viles bestias, á los pesebres del mundo, royendo paja de vanos gustos sin juizo ni sustancia de bien? Romped vuestras ataduras; corred, que buena y rica mesa os espera, abastecida de verdaderos deleites y regalos sin tasa. ¡Oh hijos de Adán! despertad, que la luz se os entra por vuestras puertas; abrid, no os quedéis á oscuras y en tinieblas de muerte.»²

1 Tesoros.

2 Pronunció estas palabras inspiradas la sierva de Dios, Doña Sancha Carrillo, momentos antes de su muerte, según se contiene en su «Vida» escrita por el P. Martín de Roa.